

cualidades llegó, no solo á ser la señora de las demás naciones establecidas en aquella parte de la América, sino á merecer los elogios del mismo Hernan Cortés y de sus bravos compañeros, derecho tiene á que se dé principio, al hablar de ella, á nuevos capítulos, que con gusto le consagro en las páginas que siguen.

## CAPÍTULO II

Los aztecas ó mejicanos.—Su viaje al país de Anáhuac.—Se establecen sucesivamente en Tepeyacac, Chapultepec y Acocolco.—Son reducidos á la esclavitud en Colhuacan.—Un sacrificio humano.—Recobran la libertad.—Fundacion de Méjico.—Huertos flotantes ó *chinampas* de los mejicanos.—Division de los mejicanos en tlatelolcos y tenochcas.—Se hacen dos naciones vecinas y rivales.—Los mejicanos piden al rey de Colhuacan una hija para hacerla madre de su dios.—Sacrificio inhumano.—Huitzilopochtli, númen de la guerra; su descripcion.

1160. Viaje de los mejicanos. Los aztecas ó mejicanos que han sido los que hicieron imperecedero el nombre de aquel vasto país á donde Hernan Cortés llevó á cabo la mas difícil de las empresas, vivieron hasta el año de 1160 de la era vulgar, en un país llamado Aztlan, de donde les viene el nombre aztecas; país situado al Norte del seno de la California.

Se ignora el motivo cierto que tuvieron los aztecas para abandonar el suelo en que habitaban, y dirigirse en busca de otro, emprendiendo una peregrinacion penosa. Los escritores que han tratado de dar á conocer las causas que concurrieron para obligarles á tomar esa resolucion, no están de acuerdo en ellas, y cada uno atribuye el abandono de la patria á motivos disímbolos, muchos

de los cuales tienen todos los caracteres de la puerilidad y de las consejas.

En lo único en que se hallan en perfecto acuerdo, por ser una verdad innegable, es en que el viaje lo emprendieron en el año referido de 1160, según consta de las pinturas en que está representada con fidelidad aquella marcha. Los mejicanos, provistos de semillas, para sembrarlas en los sitios donde fuesen deteniéndose, pasaron el río Colorado que desagua en el seno de California, y continuaron su marcha hacia el Mediodía, llegando á la orilla del río Gila, donde permanecieron por algún tiempo cultivando la tierra y edificando poblaciones. Aun se conservan las ruinas de algunos edificios levantados por ellos, que patentizan su paso por aquel punto.

No juzgando conveniente permanecer por más tiempo en el país en que se habían detenido, se dirigieron al Sudeste y volvieron á hacer alto en un lugar bastante ameno, que distaba ochenta y tres leguas de la hoy ciudad de Chihuahua.

El sitio elegido por los mejicanos para detenerse, es el mismo que se conoce hoy con el nombre de *Casas-Grandes*, entre el Nordeste y Norte de Chihuahua; nombre que Edificio antiguo, se le ha puesto á causa de existir allí hasta el fabricado por los mejicanos en su viaje. dia, un gran edificio que la tradición universal lo atribuye á los aztecas cuando pasaron por aquel punto, y cuyos restos persuaden de la verdad de la tradición. El edificio presenta la forma de una fortaleza defendida en uno de sus flancos por un monte alto, y circunvalada, en el resto, por una gruesa muralla de siete piés de espesor, cuyos cimientos exis-



Huitzilopochtli, dios de la guerra

ten todavía. En esta fortaleza se ven piedras enormes que revelan la solidez que tuvo, y los techos ostentan vigas de pino, perfectamente labradas. En el centro de esta fábrica vasta y digna de conocerse como curiosidad histórica, se destaca un montecillo, hecho exprofeso, con el objeto, según parece, de hacer en él la guardia para observar á los enemigos. Durante el gobierno español se hicieron en ese sitio algunas excavaciones que dieron por resultado el hallazgo de algunas piezas de loza, como tazas, copas, platos, jarros y ollas, y de algunos espejitos hechos de piedra *itzli*, sumamente curiosos.

Después de haber permanecido algunos años en el referido sitio, tomaron el rumbo del Mediodía, y cruzando los escabrosos montes de la Tarahumara, llegaron á *Hueicolhuacan*, llamado hoy Culiacan, lugar situado sobre el seno de la California. Tres años vivieron sobre el nuevo terreno elegido, labrando la tierra y edificando casas de poca importancia, toda vez que conocieron que no era allí donde debían residir para siempre.

Amantes de su religión, y juzgando que para dar cima feliz á la peregrinación que habían emprendido, era preciso que labrasen una escultura representando á la divinidad que adoraban, hicieron una estatua de madera que representaba á *Huitzilopochtli*, dios de la guerra, y deidad protectora de la nación azteca.

Terminada la escultura, hicieron una preciosa silla de juncos y de cañas entrelazados artísticamente, llamada *teoicpalli* (silla de Dios), para llevar en ella la imagen divinizada. Los encargados de cargar en hombros esta silla eran sacerdotes á quienes denominaron *teotlamacaz-*

que (siervos de Dios) y el acto de cargar se llamó *teomama*, que significa *llevar á Dios á cuestras*.

Resuelta la continuacion de la marcha, cuatro sacerdotes tomaron en hombros la silla en que se colocó á la divinidad sangrienta; recogieron los mejicanos sus semillas, hicieron sus provisiones, y despues de haber caminado muchos dias hácia el Oriente, llegaron á *Chicomoxtoc*, punto donde se detuvieron, y en el cual, como ya tengo dicho, se separaron de las otras seis tribus que llegaron despues de los chichimecas, al valle de Méjico.

Nueve años permanecieron los mejicanos en *Chicomoxtoc*, lugar distante siete leguas de Zacatecas hácia la parte del Mediodía. Pasado este tiempo, emprendieron de nuevo la marcha, y dejando el país de los zacatecanos, caminaron hácia el Mediodía, con el mismo vigor y energía con que habian salido de su país natal.

Atravesando Ameca, Cocula y Zayula, bajaron á la provincia marítima de Colima; de allí marcharon á la de Zacatula; tomaron en seguida el rumbo del Oriente, logrando subir á Malinalco, situado en los montes que rodean el valle de Toluca; tomaron despues el camino hácia el Norte, y llegaron á la antigua ciudad de Tula en 1196.

Como generalmente acontece en toda larga y penosa peregrinacion, se suscitaron diferencias entre los individuos principales que iban al frente de los inmigrantes, y tomando el pueblo parte en aquellas diferencias, se dividió la tribu en dos fracciones, en un sitio llamado Coatlicamac, viniendo á ser, con el tiempo, enemigos irreconciliables.

La causa, segun ellos, que promovió la discordia, fué

la aparicion maravillosa de dos envoltorios en medio del camino que llevaban. Los que formaban la seccion que iba delante de sus correspondientes jefes, se apoderó del primer envoltorio, lo abrió, y se encontró con una piedra preciosa. Al ver la segunda seccion lo valioso de la alhaja, quiso apoderarse de ella; y tratando cada cual de poseerla como dádiva de la divinidad, estuvieron á punto de venirse á las manos. Por fortuna los jefes usaron de prudencia, y la piedra quedó en poder de los que la habian cogido primero. El otro envoltorio contenia dos leños que los poseedores de la brillante alhaja los arrojaron lejos de sí como inútiles y despreciables.

Igual cosa se disponian á hacer los mejicanos de la segunda seccion; pero un sabio anciano, llamado Huitecton, cuyas palabras eran tenidas por ellos como pronunciadas por el oráculo, les dijo que aquellos dos leños eran de mas valía que la piedra preciosa; que los recogiesen y guardasen, pues servirian, segun las condiciones que en ellos veia, para sacar fuego cuando necesario fuese.

Aunque el hallazgo de los dos envoltorios aparecidos milagrosamente no es un hecho, sino solamente, como dice con sobrado acierto Clavijero, un epílogo moral inventado para enseñar que en los momentos angustiosos de la vida lo útil es preferible á lo bello, ellos lo tenian como una verdad inconcusa, como el poderoso motivo de sus disensiones.

Sin embargo de esta division operada por causas que en realidad se ignoran, las dos fracciones continuaron haciendo su viaje juntas, sin duda para alcanzar la proteccion de su dios *Huitzilopochtli* que pertenecia á los dos partidos.

Se extrañará, sin duda, que los mejicanos hiciesen en su viaje un rodeo de mas de trescientas leguas para llegar al país de Anáhuac; pero la extrañeza acabará al saber que no llevaban rumbo fijo para establecerse; que caminaban á la ventura; y que su resolucion era radicarse donde encontrasen un sitio que les brindase los bienes que apetecian.

No fué la ciudad de Tula tampoco la que llenó sus exigencias: así es que, despues de haber permanecido allí nueve años, la abandonaron, llegando á Zumpango, ciudad de las más importantes del valle de Méjico, el año de 1216, esto es, al cabo de cincuenta y seis años de penosa peregrinacion.

Zumpango reconocia entonces como soberano á Tlotzin, tercer rey de los chichimecas, y era señor de la ciudad un magnate humano llamado, como ya tengo dicho, *Tochpanecatl*.

El monarca chichimeca Nopaltzin habia dado orden á *Tochpanecatl*, de que recibiese con benignidad á los mejicanos, y la disposicion fué obsequiada satisfactoriamente. El señor de Zumpango, no solo se esmeró en obsequiarles dándoles escogidos alojamientos y proporcionándoles víveres en abundancia, sino que les distinguió con su amistad al poco tiempo de tenerles por huéspedes.

Iba entre los mejicanos una jóven hermosa, llamada *Tlacapantzin*, de familia noble, que llegó á interesar bien pronto el corazón de uno de los hijos de *Tochpanecatl*. El señor de Zumpango, como una prueba de distincion hácia sus huéspedes, pidió al padre de la jóven la mano de ésta para su hijo *Ilhuicatl*. Concedida la solicitud, la boda se celebró con grandes regocijos y fiestas.

Siete años permanecieron los mejicanos en Zumpango, al cabo de los cuales se dirigieron á otra ciudad poco distante llamada *Tizayocan*. Con ellos, como era regular, marcharon tambien la jóven *Tlacapantzin*, y su esposo *Ilhuicatl*, hijo del señor de Zumpango.

Poco tiempo despues de haber marchado á Tizayocan, dió á luz la hermosa *Tlacapantzin*, un hijo á quien se le puso por nombre *Huitzilihuitl*.

Los mejicanos encontraban deferencia y favor por donde quiera que pasaban, y eran respetados y queridos por su laboriosidad y su talento. El buen concepto que se habian conquistado y la ventajosa idea que se iba formando de ellos, fueron estímulos activos para que *Xochiatzin*, señor de *Quauhtitlan*, pidiese á otra de las familias nobles aztecas, una jóven con quien unirse en matrimonio, enlace que se verificó poco tiempo despues.

No era, sin embargo, Tezayocan el punto en que aspiraban vivir los mejicanos. Su anhelo era llegar á un sitio en que pudiesen formar su gobierno y disfrutar en él de una verdadera independenciam. Con este objeto dejaron la ciudad de Tezayocan y pasaron á Tolpetlac y á Tepeyacac, situados ambos puntos en la orilla del lago de Texcoco y muy próximos al lugar en que despues se fundó Méjico.

Elegido *Tepeyacac*, donde hoy se encuentran el suntuoso Santuario de la Virgen de Tepeyacac, hoy villa de Guadalupe, para residencia, los mejicanos empezaron á levantar humildes chozas, y á labrar la tierra para vivir, si no muy cómodamente, sí con agradable independenciam.

Las órdenes dadas por el rey chichimeca Nopaltzin para